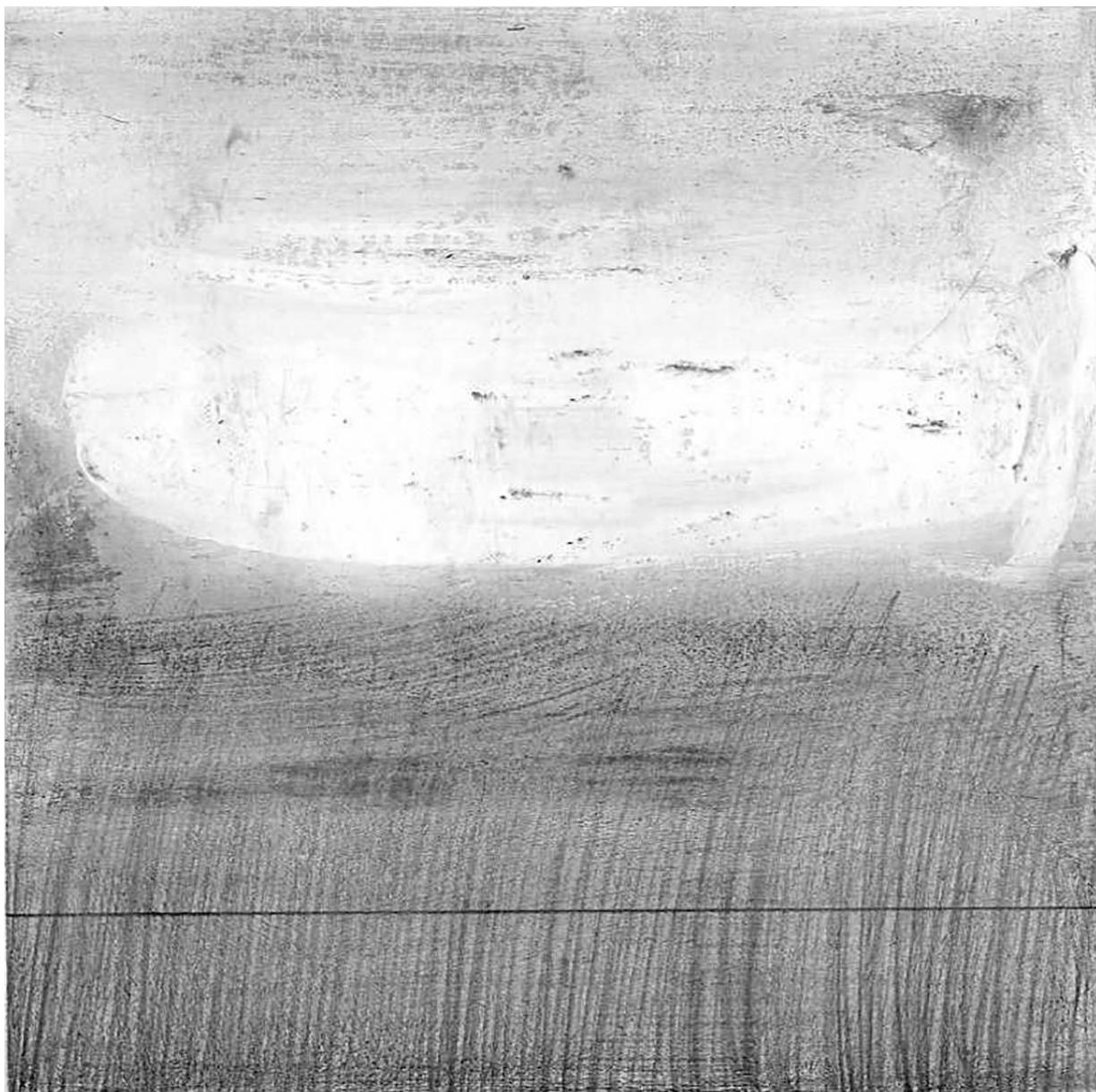


## **E-Innova Arte: Pasado y futuro. Paisajes del mañana.**



María Rivera Moreno, Serie "*Paisajes deshabitados*", Grabado sobre papel, 2017.

María Rivera Moreno. Artista multidisciplinar, nacida en Faro, Portugal, en 1986. Graduada en Bellas Artes en la Universidad Complutense de Madrid (2013/2017), continúa su formación con un Máster en Investigación en Arte y Creación (2017/2018) también perteneciente a la UCM. Actualmente se encuentra cursando el Máster de Formación al Profesorado.

Correo Electrónico: [mariariveramoreno@gmail.com](mailto:mariariveramoreno@gmail.com)

María Rivera Moreno. Proyecto de artista. Ser humano. Habitante de la tierra. Participe de la construcción del paisaje contemporáneo. Rastreadora de huellas. Defensora de la inutilidad.

¿De dónde surgió todo?/En primera persona: YO.

En todo producto/idea/objeto, hay un origen en el cual se gestó la semilla de su creación.

Creo ciertamente que el origen de nuestras preocupaciones, curiosidades e intereses, no nace de una etapa presente o próxima a nuestra actual existencia. Esta se remonta a un pasado ya muy lejano para algunos de nosotros: la niñez. Es la época en la que empezamos a desarrollar la percepción, la memoria y el razonamiento, según los antropólogos. Es el periodo del descubrimiento. Todo es nuevo para nosotros, como un libro en blanco. Ansiosos por ver escritas todas sus páginas, comienza el momento de las preguntas. Bombardeamos a nuestros mayores con miles de ellas a lo largo de esta fase. Nuestra garganta saca a la luz toda la vorágine que hay dentro de nuestras pequeñas almas de futuros exploradores. Muchas de estas preguntas serán resueltas al instante. Otras, tardaremos más tiempo en descubrir sus respuestas. En cambio, habrá algunas, las que menos, con las que jamás daremos con una solución, con una contestación, que nos haga acallar ese miedo que en algunas noches nos ha despertado de los sueños, empapados en un sudor febril. Ese interrogante, ese suspense, podría ser el germen de su actual interés, en su presente vida, acomodadamente vivible. Y subrayo lo de acomodadamente, porque, ninguna lógica tendría esta teoría, extrapolando esta a otra parte del mundo, donde las preocupaciones e intereses de sus habitantes se limitan a intentar sobrevivir una hora más ese día. Pero la mayoría de nosotros somos Europeos, vivimos o nos hacen creer que vivimos en el primer mundo; de clase alta, media, o trabajadora, todos tenemos derecho a una educación pública y gratuita, todos podemos aspirar a convertirnos en graduados de éxito, a cumplir nuestras metas, con mayor o menor esfuerzo, o al menos eso nos dicen. No sé si a usted, lector, le sucedió lo mismo. Pero en mi caso fue así: mi dolor de cabeza actual, este que da forma a mí proyecto de investigación artística, tiene su raíz en la infancia. Y que verdad veo hoy en las palabras de Baudelaire al sentar las bases de su patria en esta. Yo siento en mi infancia los intereses que ahora me traen aquí.

Cada noche antes de dormir mi madre nos leía cuentos. Pero a veces su público, mi hermana mayor y yo, le pedíamos otro tipo de aventuras. Mamá narraba historias de niños infectados por brotes de polio, como le paso a su prima Dolores, que por suerte solo afectó a una de sus piernas, ocasionándole una leve cojera para el resto de su vida. Piojos y parásitos. Colegios de monjas llenos de niños huérfanos. De cómo la abuela Concha murió de una inyección rutinaria, contando mamá con solo doce años de edad, dejando huérfanos de madre a once hijos. Corrían los años 50, España aún estaba bajo la dictadura franquista. Andalucía, y en particular Cádiz, tachados sus habitantes de rojos, alborotadores y sublevados por parte del régimen, sufrían todos los estragos de la dictadura con mayor ahínco. Pero no os asustéis, no solo aparecían los villanos de los cuentos. Estos solo eran actores

secundarios, que en ocasiones hacían “cameos” dentro de nuestras historias preferidas; estas eran las que ocurrían en “el viento”. Así se llamaba el cortijo familiar que se encontraba fuera de las fronteras de un pequeño pueblo de Cádiz, al lado de las marismas del Parque Nacional de Doñana, en el que nació y creció nuestra madre. Su padre era agricultor de su propia finca, administrador de su propio pedazo de TIERRA. Yo me lo imaginaba como el protagonista de las novelas que transmitían los medios días por la televisión, con un sombrero de ala ancha, un gran bigote, recorriendo los extensos territorios de su finca, siempre montado a lomos de su blanco caballo. Seguramente poco tendría que ver el abuelo Paco, con el personaje que yo había creado para él. Pocas fotos conserva hoy mi madre de él, pero las pocas que ha podido atesorar, en ellas realmente parece un galán, aunque el caballo no aparece en ninguna de las instantáneas, ni siquiera en un segundo tercer plano. Siempre rodeado de sus hijos, con los ojos entrecerrados, gesto que, supongo, la cara aprendió como defensa, después de años de duras horas de trabajo en el campo, mirando al horizonte, bajo el ardiente sol de Andalucía. Seguramente él nunca tendría la visión del campo, como la de un paisaje utópico, un oasis dentro de la asfaltada ciudad, esa percepción del campo es la que puedo tener hoy yo; para él, la visión sería la de su espacio de trabajo, la tierra que le sustentaba a él y a sus hijos, la misma que sostenía los cimientos de su /CASA/. El hábito y la rutina.

De las historias del abuelo, de días que empezaban al alba cuando comenzaba a cantar el gallo del corral, y que se terminaban al atardecer, cuando el sol se ocultaba en el horizonte, bajo las tranquilas aguas del Guadiana; noches bajo la luz de las velas, jugando a las cartas y mujeres haciéndose trenzas en el pelo, para lucirlas el domingo en la iglesia del pueblo más cercano; fábulas en las que aparecían animales salvajes, toros y serpientes; gallinas ahogadas en un pozo, junto a gatos recién nacidos y el perro más fiel que piso aquellas tierras. Meriendas bajo la sombra del mismo árbol del cual comían sus frutos. DULCES. Onzas de chocolate como regalo de cumpleaños y grandes toboganes, que en realidad eran montañas del trigo recolectado durante el transcurso de todo el año. Cuando mamá se asustaba oyendo las radionovelas, y la abuela Concha, su madre, le regañaba con no volverla a llevar más a casa de la vecina a escucharlas, y de la primera vez que vio un televisor. Seguramente me olvide muchas, son el recuerdo de los recuerdos de mi madre.

Dicen que heredamos más cosas de nuestros abuelos que de nuestros propios padres, la genética es egoísta, ella se encarga de facilitar en la medida de lo posible la elección de los mejores genes con el fin de garantizar la supervivencia del ser humano, el cual habita. Y un gen de un antepasado, que vivió seguramente en un tiempo de más dureza, es más resistente que el de un familiar actual, acomodado en su sofá, con el mando del televisor bien agarrado. Mi madre me suele contar una historia, y esta es la última que ya os voy a narrar. En esta la protagonista soy yo, contando con pocos años de edad, en un paseo por la calle, pasamos por los alrededores de un descampado, estos solían

llamar mi atención, eran una gran zona salvaje, para el juego y el recreo. En ellos, podía acariciar a los gatos, recoger caracoles y oler y recolectar las flores que luego pedía a mamá que plantara en las macetas del patio de nuestra CASA. En una ocasión me fui hacia una de esas flores que tanto me fascinaban, dice mi madre que era una planta rara en esa zona, pero que era autóctona en las tierras del abuelo, y que para sorpresa de ella, dije el nombre de dicha flor, de la que nunca antes ella me había hablado. Siempre me he sentido parte de la tierra, de lo rural, de la vida salvaje. Con una propensión a salirme de lo normativo, escapar de las fronteras asfixiantes de la ciudad, de andar y que el camino me encuentre a mí, buscando historias que contar en las esquinas del mundo que parece olvidado. Yo voy en la búsqueda de la vida que vivió mi abuelo, con la premisa de que es el único resquicio para la salvación de la sociedad actual. La comunión con nuestra Madre Tierra. Él se vio obligado a abandonar el campo, como muchos de los trabajadores de la tierra en aquellos años. La ciudad, el progreso, las maquinas, fábricas y pesticidas, se los tragaron, como una gran ola. Falleció hace ya muchos años, antes de yo nacer, en una sala de hospital, con muchas máquinas, cables, pastillas y medicinas. Luces de colores y pitidos intermitentes. Cuando los pitidos se silenciaron, mi abuelo regresó a la tierra que tanto añoraba. Todos los seres vivos volveremos al origen de nuestra existencia, lo que debemos luchar es por el mundo que les dejamos a los que se quedan atrás.



María Rivera Moreno, *Sin título*, Fotografía intervenida con acrílico, 2016.